

2021

1971: El año en que este libro empezó a aparecer

Mirko Lauer

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Lauer, Mirko (April 2021) "1971: El año en que este libro empezó a aparecer," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 93, Article 24.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss93/24>

This Crónicas is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

1971: EL AÑO EN QUE ESTE LIBRO EMPEZÓ A APARECER¹

Mirko Lauer

Language is a virus. Casi todos ya fallecidos. Ese fue un año movido en torno a Barcelona. Tiempos liberales hasta la indiscreción. Un año para dejar caer y recoger, y hasta regalar, nombres interesantes por todas partes. Con mi esposa de entonces, Lola Salas, viajamos a Roma a visitar a Emilio Adolfo Westphalen y su esposa Judith: vino blanco metálico y ensaladas verdes, estupendos. En otro momento romano: Jorge Eduardo Eielson (*long distance*: recordé el encuentro en la última llamada que le hice desde Lima a Milán 2006). En ese tiempo la economía española más cómoda que nunca. En algún momento Rodolfo Hinostroza ganó el premio Maldoror, para siempre. Yo trabajaba en Barral Editores, traduciendo a US\$1 por página, y buscando posibles *best sellers* por entre la información de las revistas extranjeras. En realidad todos, editores y escritores, estábamos a la pesca de lo nuevo para reciclarlo. Por supuesto que visitamos París, donde Hinostroza preparó un atroz *coq au vin*, me presentó a Severo Sarduy, uno de sus tantos gurús del momento. Mucho conceptualismo, mucha galería, muchos nombres famosos desconocidos. En Londres conocimos a Hermine Demorlane, la famosa equilibrista, y al poeta Hugo Williams, hicimos una visita a Guillermo Cabrera Infante & Miriam Gómez en South Kensington. En ese Londres conocí a los que serían algunos de mis amigos mexicanos: Héctor Manjarréz, Carlos Monsiváis, Sergio Pitol. Gringos fugaces en Hampstead: Peter Stansill, Dave Zane Mairowitz. América Latina estaba de moda en Cataluña & los indios éramos, sin decirlo ni practicarlo, tácitos aliados en la pugna contra el franquismo. Mi pelo cada día más largo, y un poco sucio.

¹Prólogo a la segunda edición de *Santa Rosita y el Péndulo Proliferante* (Lima, Caballo Alado, 2019)

Autores nuevos en mi vida de ese año: William S. Burroughs, Antonin Artaud, Charles Olson, Francis Ponge. Todos invitaban a desarmar el texto y volverlo a armar. De todos el más atractivo, por juguetón, era el cut-up que Burroughs venía practicando desde los años 50, mismo dadá. Sarduy estaba avanzando desde el barroco en una dirección parecida: *Cobra*. A partir de un momento el dinero traído de Lima y el ganado en Cataluña se fue reduciendo y nuestros viajes se limitaron a la vecina Provenza. Julio Ortega aterrizó con su familia a vivir la vida literaria en Barcelona y me dijo en el ascensor de su edificio: “En el futuro un poeta se jactará de no tener más de cinco lectores”. Yo vivía interesadísimo en el desarmado/rearmado de los lenguajes establecidos. Traté de inventar un imposible ajedrez tridimensional, me dejé atraer por todos los rompecabezas modernos de todas las vitrinas, hice mi propia versión del *I Ching*, traté con unos *limericks* que pudieran funcionar en castellano. *There was a young fellow named Lauer / Who worked at the top of a tower. / Before winter did pass / He had flattened his ass / By translating five pages an hour*. Buscando un texto que negara todos los textos. Visitantes: Antonio Cisneros & Marie Jo desde Niza camino de visitar a los gitanos del sur; José Miguel Tola (+1.5kg de grifa) desde Nepal y los Himalaya & la flaca Clara Abril de Vivero desde Madrid, que cuidaron el departamento por varias semanas. Terminé *El ángel de la anunciación interceptado*, un poemario flojo que hubo que botar a la basura. La Gauche Divine vivía de noche en el Bocaccio: editores, escritores, arquitectos. En la playa de Port Lligat (Cadaqués) Salvador Dalí (*Avide a dollars*) llamó a la guardia civil para que los del grupo de bañistas desnudos de 200 metros frente a su casa nos cubriéramos. Versiones de que América Latina está desapareciendo. El año anterior Alfredo Bryce había triunfado con *Un mundo para Julius*, y comienza la leyenda del escritor-hiperoligarca. Con Bryce & la bellísima Maggie Revilla a la Cala Salions. Casi todos marihuana, casi todos viva Fidel, casi todos fans del último disco de los Stones, *Sticky Fingers* y un jean tieso. Un jueves por la noche concierto político de Pete Seeger en Badalona. *Side show*: flamenco-protesta, el mushasho de la mina. Una mañana aparecieron Lucila Velarde y los hermanos García Belaunde, en una *grande tournée*, espléndidamente jóvenes. En las paredes el nacionalismo catalán, casi medio siglo antes: *l'estiu es nostre*. Jordi Marfá, del proletariado editorial de Barcelona, me lleva a ver las marcas en la pared donde el PC fusilaba sacerdotes en la guerra civil. Copas en el bar de la esquina de casa de Barral con el nervioso poeta Jaime Gil de Biedma, que desapareció con Francisco Franco. En el castillo-ciudadela de Carcassonne no hay nada, y dicen que la restauración de Violet Le-Duc lo desfiguró irrecuperable. Con mi versión del *I Ching* y un anillo de oro de Lola Salas nos compramos un pasaje de regreso al velasquismo. Tres libros saqueados: *Nova Express*, *The Ticket That Exploded*, y *Apomorphine* (este último en francés con ediciones L'Herné, en la misma serie que *Lima la horrible*, se supone que con su fealdad de ciencia ficción, a 10,000

kilómetros de Barcelona). El Barrio Gótico era un amable laberinto lleno de salidas, que no llevaba a ninguna parte. Una noche Pitol nos llevó a un bar de travestis, todos en la modalidad de señoras que cantaban pésimo. En las madrugadas Pitol traducía resaqueado de idiomas eslavos que desconocía. Ese año traduje a Pound, Tom Wolfe, Auden, ensayos sobre Joyce, Faulkner. Lo que llegara. En el verano paseando por las playas con Terenci Moix y su hermana Ana María. Luego conocimos a Cristina Fernández y a Carlos Trías, que aceptaron nuestra invitación de venir a Lima al año siguiente. Inconvincentes platos catalanes en el Tropeziens. Cosas peores en el Flash-flash tortillas. América Latina maquinando sus futuras explosiones mientras dormíamos en un micro-penthouse de la calle Consejo de Ciento. Las cartas de Lima sonaban cada vez más interesantes. Cadaqué un abrevadero de arquitectos catalanes de vanguardia. Un chifa mediocre, en *famille* con Mario & Patricia Vargas Llosa, inquietos por sus feroces críticos en el Perú. Novedades para un peruano en los supermercados de Barcelona: yogurt de mirtillas, vinos decentes más baratos que la Coca-Cola. Francisco Franco agonizando en Madrid sin que nadie lo supiera a ciencia cierta, y Manuel Fraga revisando los últimos libros que realmente pasarían por la censura. Las angulas demasiado caras para nuestros bolsillos. Salvador Clotas (había votado por Bryce para el premio Biblioteca Breve 1970, que no ganó) una vez me dijo: “Yo no puedo tener gusto literario, yo tengo política literaria”. Por todas partes se escuchaba el rumor de los matrimonios abiertos. Autores que leí por dinero: Lovecraft, Edmund Wilson, Josep Pla, Edoardo Sanguinetti, Scott Fitzgerald. Un libro cuya publicación desaconsejé a Barral Editores: *Conversaciones con Don Juan*. Mejor publicar *Los tarahumaras*, dije. Me escucharon, y perdieron millones de pesetas. Julio Ortega se chupó de subir conmigo al Ratón Loco en el parque de diversiones del Montjuich. Los músicos del tocadiscos comprado en El corte inglés: Otis Redding, Iron Butterfly, Credence Clearwater Revival, Janis Joplin.